

**“Para conducirlos al amor,
el maestro de escuela no obligaba
a los niños a escuchar o a memorizar
sentencias sobre el amor y sus
efectos benéficos, sino que se lo
demostraba a través de su práctica.”**



8 ¿Predicar moral?

“La escuela debe *enseñar*, es decir: transmitir un saber socialmente significativo y las competencias correspondientes, y el hogar del niño debe *educar o criar*, es decir, que debe ocuparse de desarrollar un comportamiento moral positivo y socialmente adaptado.” He aquí una de las exigencias más comunes respecto a la escuela. Si lo vemos desde el punto de vista de la tríade de Pestalozzi, la escuela es responsable de la cabeza y de la mano, y el hogar del niño: del corazón. Lo que parece imposible.

Cada maestro experimentado sabe que no puede haber enseñanza o instrucción verdadera si no se educa o cría al mismo tiempo, y también sabe que la falta de educación (la malcriadez) impide la enseñanza. Se trata siempre de un todo, es lo que Pestalozzi describe como *educación humana*. Una buena lección que enseña, es siempre también una lección que educa o cría.

Así, la *educación o crianza* – o si se prefiere: *la educación moral* – hace también parte de nuestra tarea de maestros, ya que todos los días presenciemos los comportamientos moralmente deficientes de los niños: empujones, burlas crueles, zancadillas, intrigas y venganzas durante la pausa o en el camino a la escuela, robo de los bienes de otros, maltrato a puños y patadas, mentiras sin avergonzarse de ellas, insultos y blasfemias que harían palidecer a cualquiera. Nada de esto nos puede dejar indiferentes. Imposible ignorarlo y beberse tranquilamente su café en la pausa.

Pero ¿y qué debemos hacer? ¿Llamarles la atención, regañarles, exhortarles? Su efecto se diluye rápidamente. ¿Un castigo, tal vez? Esto los puede hacer recapacitar, cierto, pero en el fondo de ellos mismos no habrá mejora.

En cuanto nos demos la vuelta recomenzarán. Sin embargo, el regaño y el castigo constituyen siempre una *reacción* ante el comportamiento inadecuado que ha exteriorizado el alumno. Son más bien – para decirlo con las palabras de Schleiermeier – reacciones *contrarrestantes* (*neutralizantes*) pero que no *ayudan*.

Pero justamente, la educación moral precisa ambas cosas: *contrarrestar* y *ayudar*. Siendo decisiva la segunda. En primer lugar, no queremos *reprimir* un comportamiento *inmoral* sino *desarrollar* un comportamiento moral. Cuanto mejor lo logremos, menos deberemos *contrarrestar*. No basta con que los niños dejen de pegarse, se trata de que se quieran mucho más entre sí, que se apoyen moralmente los unos a los otros, que se involucren en la comunidad y amen la verdad. Para eso debemos – para hablar como Pestalozzi – *desplegar las capacidades de su corazón*. Y las capacidades del corazón sólo se despliegan (o desarrollan) si se *emplean*.

Y uno se pregunta entonces: ¿cómo puedo lograr, como maestro, que el niño emplee las capacidades de su corazón, es decir que pueda confiar en los demás, comprenderlos, contener su egoísmo y aspirar a la bondad?

Esto no se logra bajo presión, intimidación o violencia. Puedo gritarle a un alumno, tanto como yo quiera, que debe confiar en mí, pero cuanto más le grite más se encerrará en sí mismo. Puedo instarle reiteradamente que tiene que amar a sus compañeros – de pura rabia hará lo contrario. No se puede obligar a alguien a ser bondadoso. La moralidad – para retomar la expresión que emplea Pestalozzi – tiene sus raíces en la libre escogencia de cada persona.

El primer método eficaz para lograr la educación moral es el *ejemplo* dado por el educador. Si quiero lograr algo con mis alumnos, algo que considero importante, debo hacerlo yo mismo. Esto comienza por la cortesía con la que trato a mi entorno, pasa por la limpieza y el orden en lo corporal, el vestir y el lugar de trabajo hasta el conocimiento, la seriedad en el trabajo y la manera de cumplir con los deberes. Un maestro que se interesa por muchas cosas, que insiste para llegar al fondo de las cosas, que emprende todo con entusiasmo y trabaja con dedicación motiva a sus alumnos a que hagan lo mismo. Para todo esto, la relación que hay entre el maestro y sus alumnos es decisiva. Si la relación es buena, desde el punto de vista emocional, los alumnos están más dispuestos a imitar el comportamiento de su maestro. De lo contrario, les importará un bledo lo que él les proponga.

Se pueden *imitar* los *comportamientos* que se ven, pero la educación moral es algo más profundo. Quisiéramos incentivar la *propia moral* en los

alumnos, desarrollar las *bases éticas*. Como ya se ha mencionado, sólo se logra estimulando las capacidades del corazón y esto sucede de acuerdo a la ley de *resonancia*. Podemos despertar y motivar la vida ética en los demás sólo a través de nuestra propia experiencia – particularmente la del maestro. Es mucho más que la imitación de un modelo, es “abrirse” gracias a la naturaleza esencial del maestro.

Este pensamiento es tan significativo para mí, que me gustaría aclararlo comparándolo al instrumento musical llamado “viola d’amore”. Este instrumento de cuerda barroco dispone de catorce cuerdas, siete cuerdas principales que se tocan con un arco y siete cuerdas - colocadas en un nivel más bajo - que aseguran la resonancia. Estas no se pueden tocar con el arco sino que empiezan a sonar cuando al tocar las cuerdas principales sale el tono adecuado que las hace vibrar (por vibración “simpática”). Esto sucede por la ley física de la *resonancia* que concede al instrumento un sonido muy particular y hermoso.

Las oportunidades abiertas a los docentes - en cuanto a la educación de los corazones de sus alumnos – pueden asimilarse a esta ley de resonancia. Las cuerdas que se pueden tocar con el arco simbolizan los aspectos morales de la vida del maestro, las cuerdas de resonancia simbolizan los de los niños. Así como sólo cuando se tocan las cuerdas principales empiezan a vibrar las cuerdas de resonancia y empiezan a sonar, nosotros los maestros podemos también despertar las capacidades intelectuales y espirituales del niño sólo a partir de nuestra propia vida interior.

En otras palabras, el amor atrae el amor, la confianza genera confianza en los demás, el respeto hacia los demás infunde el respeto de los demás, la propia abertura de espíritu abre el corazón y la mente de los otros, la propia responsabilidad induce a realizar actos responsables, nuestro propio respeto de los valores incita a realizar actos significativos. También el entusiasmo por lo que se emprende en el marco de una lección normal y corriente logra despertar sentimientos y comportamientos equivalentes en los alumnos.

A veces no se logra resonancia alguna, mismo si se han tocado las cuerdas principales. Esto sucede, primero, cuando la cuerda de resonancia adecuada no existe; segundo, cuando la cuerda de resonancia se encuentra bloqueada; tercero, cuando falta el medio que transmite la vibración. En música, ese medio es el aire. En un cuarto sin aire no hay resonancia.

Todo esto es válido también en sentido figurado. Probablemente en la mente y el alma del maestro existe algo que desencadena en algunos alumnos poca o ninguna resonancia, simplemente por que en ellos las condiciones

adecuadas no existen aún o están muy poco desarrolladas. Es un error el creer que cada ser humano puede llegar a ser lo que quiera, y que cada uno es capaz de hacer todo, sin importar la edad. Para quedarnos dentro de la metáfora, así como una cuerda de resonancia bloqueada se queda muda, ciertos bloqueos de los alumnos pueden impedir la resonancia: el cansancio, la falta de concentración, las peleas con sus compañeros, los problemas sentimentales, familiares, o ciertos fracasos escolares no digeridos.

Y finalmente, sólo hay resonancia cuando ambas cuerdas vibran en un medio que las rodea a las dos. En nuestro contexto este medio es la *relación maestro y alumno* positiva y activa. Es algo así como el terreno abonado sobre el que la enseñanza y la educación pueden realmente darse bien. Si esta relación ha sufrido daños serios, los esfuerzos del maestro y los métodos que emplee serán contraproductivos. Cuanto más entusiasmo demuestre por una materia, más fácil les será a los alumnos con actitudes hostiles, herirlo. Y así, simplemente sin hacer nada declararán que la materia es una “mie...” . Y ninguna de las exhortaciones morales del maestro surtirán efecto.

Según la convicción de Pestalozzi, la vida moral se desarrolla únicamente en relación con los demás. Así lo escribe: “*Nuestra especie se humaniza esencialmente cara a cara y corazón a corazón*” (Sämtliche Werke. Obras completas 24 A, 19). Para el desarrollo moral de un niño es determinante si está arraigado en una comunidad que está impregnada por el amor, la confianza, el respeto y la comprensión.

Pero a pesar de esta idea fundamental de Pestalozzi, es claro que la resonancia también se puede realizar a través de nuestros productos culturales: libros, piezas musicales, textos de canciones, vídeos y juegos de computadora. Todos estos productos están impregnados del espíritu humano que luce, indirectamente, a través de sus obras. Nosotros, los maestros, no debemos contentarnos de tener presente el significado de la relación maestro-alumno y de la comunidad formada por la clase y de crear un ambiente de trabajo positivo, sino que debemos observar también el efecto de resonancia que pueden tener esos productos culturales que ejercen fascinación sobre los alumnos. Debemos reconocer que no es siempre fácil, pues al lado de tantas cosas convenientes hay también muchas cosas reprochables.

Como lo he señalado en el capítulo precedente, cada capacidad de la tríade - cabeza, corazón y mano - se desarrolla según sus propias leyes. Dentro del ámbito del corazón, es decir: dentro de la formación moral, Pestalozzi distingue tres niveles:

En el *primero* se despierta un *sentimiento moral*. Esto acontece según la ley de resonancia de la que ya hemos hablado. Pestalozzi se refiere a menudo a esa vibración sentimental, a esa integración en la vida de una comunidad marcada por el amor con los términos de “experiencia propia interior”.

En el *segundo nivel* Pestalozzi reclama la *buen conducta* en base a la *obediencia*. Por eso alentó a los huérfanos de Stans para que compartieran su pan con los niños hambrientos de Altdorf. Así pudieron experimentar, en su propio cuerpo, las consecuencias de un acto moral.

Hoy en día, todavía podemos integrar en nuestra enseñanza escolar los fundamentos de Pestalozzi vinculando el aprendizaje escolar a la acción moral. Como ejemplo quisiera referirme a un maestro que, con sus alumnos, elabora un prefacio para cada una de las páginas de un calendario anual dividido en quincenas. El aspecto didáctico de esto es la investigación intensa de temas de gran trascendencia en la vida del ser humano y también en las experiencias del alumno: Agua, madera y bosques, viviendas, puentes, fronteras para cruzar. Al final, las hojas se copian se compaginan en un calendario y se venden. Una parte del beneficio va a un proyecto en algún país en desarrollo, por ejemplo, para hacer un pozo de agua. De esta manera, los alumnos aprenden no sólo el significado del agua sino que se comprometen ya emotivamente al confeccionar el calendario para ayudar con su trabajo a las personas necesitadas.

Es evidente que no todas las disciplinas escolares se pueden vincular con estos actos morales. Pero el que desea enseñar en el espíritu de Pestalozzi encontrará siempre maneras de cumplir con este requisito. Hay algo que es preciso aclarar, sólo lo puede realizar un maestro que en su trabajo se puede apoyar sobre su verdadera *autoridad*. Entonces la respuesta por parte del alumno es la *obediencia* en el sentido que le atribuye Pestalozzi, o sea como una “aceptación voluntaria de la bondad”.

En el tercer nivel de la educación moral, Pestalozzi considera finalmente la *reflexión y la discusión sobre la bondad*. Los alumnos no deben discutir de las leyes morales hasta que no sientan lo que es la bondad y hasta que no hayan experimentado lo que es hacer el bien. De otra manera, todo lo que digan serán propósitos sin sentido.

En los cursos siempre hay oportunidades para explicar y aclarar en una discusión las motivaciones que llevan a las personas a actuar de tal o tal forma y ver en qué medida las encuentran significativas o son descartables moralmente. En primer plano está el *curso de historia*. Aquí, los alumnos se

enfrentan una y otra vez a los actos de personas particularmente relevantes que se comportaron, ya sea sin escrúpulo, o de manera extraordinaria desde el punto de vista moral. Lo mismo sucede en la *lectura*. Muchas historias muestran cómo las personas tienen que escoger entre el bien y el mal. Finalmente, los *conflictos actuales* que surgen en la clase pueden proporcionar materia para reflexionar sobre la naturaleza de la acción humana.

Y ahora debo pedirles disculpas. Quería demostrarles que no es posible ir muy lejos con la educación ética únicamente mediante “prédicas morales”. Pero ya lo he hecho aquí ¡y no sólo en este capítulo! ... Pero ya que he empezado, mejor continúo. En realidad, toda la visión de la escuela que presento en este libro trata de moral. Ocuparse de gente joven durante - como en el caso nuestro - su infancia y adolescencia, es *inmoral* si uno no les aporta alegría en lo que realizan y si no se les ayuda a alcanzar una verdadera meta en sus vidas. Tal vez los problemas que tenemos en la educación hoy día son los mismos que encontramos en la economía. Ahí, se trata sólo de eficiencia, de beneficios rápidos, de organización racionalizada y en todo esto, el ser humano en sí - con sus necesidades reales - ha sido olvidado. En nuestro afán frenético de reformar la educación ¿no habremos perdido de vista la verdad esencial? Es decir: que la educación no debe ser elaborada sobre todo de acuerdo a las necesidades de la sociedad, de la economía y del estado, sino que debe ayudar a los niños y a los jóvenes para lograr ser verdaderos seres humanos.